

Constituye un axioma que las corridas de toros nunca podrían efectuarse sin la presencia de espectadores. Sin embargo, dentro de este conglomerado tenemos que distinguir al público en general que incluye a los neófitos; los antiguos aficionados y los reventadores. El grueso de los primeros encuentra las suertes casi iguales sin distinguir a unas de otras, suele pagar las localidades por ver cortar apéndices, venga o no al caso. Por ello el público no aprecia las características o condiciones del ganado y admira a los lidiadores que saltan, corren o van y vienen por el ruedo, pegando chicuelinas o molinetes. La mayoría de esta multitud es gritona, se emborracha, ingiere multitud de comida chatarra y rara vez toma en cuenta los detalles artísticos que percibe.

Por el contrario los aficionados de abolengo, que suelen ser los menos, aprecian de inmediato la estampa y juego de los cornúpetas, distinguiendo si cuentan con la edad reglamentaria. Después de hacerlo juzgan la labor del torero de acuerdo al animal al que se enfrenta, apreciando los detalles técnicos así como los estéticos. Para alcanzar esta categoría se tienen que haber presenciado cientos de corridas y haber leído la historia del desarrollo de la fiesta brava.

Por último, los reventadores son personas absolutamente pasionales y asisten a las corridas con la única intención de protestar. Se ponen botas de doble suela para que hagan más ruido y en Madrid hacen que los toreros salgan al ruedo temblando. Las faenas se suelen aplastar de un modo feroz, rezongando y silbando cuanto sucede en el ruedo. En México los reventadores se caracterizan por su prejuicio contra los diestros extranjeros y en favor de los nacionales, utilizando una especie de doble rasero. A los aficionados que gustan del buen toreo se les llama malinchistas, si éste fue interpretado por algún torero que no haya nacido aquí.

Al salir de la corrida del último domingo se me aproximó un reventador que sin más me calificó de "pinche gachupin corrupto", por lo que quise saber de quien se trataba y la razón de su exabrupto, contestándome

lo siguiente:

-Mire Usted, doctorzuelo, mi nombre es Colotoyoc Netzahualcóyotl Aguilera y soy náhuatl hasta las cachas, porque mi nombre significa lleno de alacranes. No acepto el que Usted nos haya invadido en 1520 con las tropas de Hernán Cortés y ahora se alíe con el empresario Herrerías, que está volviendo a colonizarnos trayendo una docena y media de toreros españoles que se están llevando el oro a carretadas. A los nuestros los está poniendo en igualdad de condiciones, cuando siempre hemos sido superiores a los importados...

Un poco confundido le hice ver a Colotoyoc que aunque soy viejo no tengo 481 años de edad y por lo tanto no pude venir con la expedición de Cortés y además esta docena y media de toreros españoles están llenando las plazas y alternando con los mexicanos que por lo tanto, también están ganando dinero. Agregué que teniendo a todas las figuras españolas los malinchistas ya no tendremos que viajar a la península Ibérica durante los próximos meses. Sin embargo, Colotoyoc Netzahualcóyotl se enfureció más con lo que le había dicho y volvió a embestirme con lo siguiente:

-Fíjese que leí en un "E-mail" escrito por ese gran talento mexicano que lleva por nombre Yoli, o sea, una limonada embotellada en Guerrero, que Usted había desayunado en los Irabien con el Señor Herrerías y que tuvo que soportar junto a su pobre mujer embarazada de siete meses, una conversación casual y de ninguna manera de espionaje, en la que el Señor Guarnier le pedía al empresario pases para asistir a las corridas en la Plaza México y de inmediato él sacó de su bolsillo media docena de salvoconductos para toda su familia, lo cual constituye un soborno absoluto hacia Usted como periodista. Es más, le propuso bailar un vals y como la orquesta de los Irabien tocó Sobre las Olas de Juventino Rosas se vio una escena grotesca de terrible corrupción, que debe de ser erradicada.... porque la esposa que lo acompañaba pudo haber dado a luz prematuramente... Al retirarme hacia mi automóvil recordé la locución latina: NIHIL MEDIUM EST (Nunca hay un término medio).